

Los cuidaba con el mismo esmero que á los demás, y los visitaba con frecuencia para consolarlos en su affixión y exhortarlos á llevar sus trabajos con espíritu de penitencia. Les recordaba que es mucho mejor sufrir en esta vida las penas de los pecados, que padecerlas mucho más rigurosas en la vida futura. A algunos los libró con sus oraciones, y exhortó á los demás á que no se desanimasen, sino que sacasen de sus trabajos el fruto de una humilde paciencia. « No debeis, les decia, no debeis desear tanto el ser librad<sup>os</sup> de los males que padeceis, como el sufrirlos con una constancia generosa, que indudablemente os será meritoria ».

En cuanto á sus religiosos, les dirigia frecuentemente exhortaciones tan dulces como conmovedoras, tanto para animarles á combatir valerosamente las tentaciones y pasiones, como para que adelantasen en el camino de la virtud. Ya hemos dicho con su historiador, que no se había aplicado á leer los autores profanos : así es que no tomaba de ellos su elocuencia para sus exhortaciones ; sino que el espíritu de Dios, que lo animaba, era el que le prestaba su unción y su moción, siendo muy raro que pudiese resistirse á la fuerza de su palabra. Exhortaba sobre todo á sus religiosos, á que aprovecharan el tiempo de esta vida para adelantar en la perfección, no sea que les sorprendiese la muerte sin haber trabajado, y se atrajesen la cólera divina en el dia del juicio.

» Yo os conjuro, mis amados hermanos, les decia, yo os conjuro por la caridad de Jesucristo, que ha querido dar su vida para librarnos de la muerte del pecado, que comenceis cuanto ántes á velar por vuestras almas, Entremos, pues, en los sentimientos de un verdadero arrepentimiento por el tiempo que, tan vana como inútilmente, hemos perdido en la vida pasada, Trabajemos en adelante por la gloria de Dios y de su Hijo adorable :

» no quedemos en una pereza criminal, que nos haga dejár siempre para mañana el trabajo, en lugar de aprovecharnos del día presente. Este es un artificio de nuestro enemigo, que no procura otra cosa que seducirnos y separarnos del convite celestial, impidiéndonos practicar las buenas obras con las cuales se entra en él. En la muerte no será ya tiempo de llorar, sí en el tiempo de la vida somos negligentes. Entónces y en medio de las penas que sufriremos, serán estériles nuestras lágrimas, y no seremos admitidos á penitencia. »

» Hé aquí, pues, el tiempo aceptable : éste es el dia de la salud : éste es el tiempo de la penitencia, despues del cual vendrá el de la recompensa. Ahora es preciso trabajar, para recibir despues el salario. Este es el tiempo del sufrimiento : despues vendrá el de los consuelos. En esta vida Dios quiere ayudar con su gracia á los que sinceramente se convierten á él ; pero en la vida futura ejercerá la severidad de su justicia, y su juicio será tan inexorable en el exámen de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y de nuestras acciones, como misericordioso ha sido para con nosotros. Ahora podemos aprovecharnos de su paciencia ; pero si abusamos, tendremos que reconocer la equidad de sus juicios, cuando dando á cada uno según sus obras en el dia del juicio, llamará á unos á la vida eterna, y á otros á los suplicios del infierno, ¿ Qué decidimos, pues, mis hermanos ? ¿ ser fieles á Jesucristo que nos llamó á su reino celestial, ó permanecer en un letargo habitual sin esforzarnos por trabajar en la perfección evangélica ? ¡ Ah ! si así es, ¿ qué será de nosotros, y como podremos soportar el dia terrible de las venganzas divinas, en que, mientras los buenos, colocados á la derecha del Salvador por los méritos de sus buenas obras, entrarán con él en su reino, aquellos, por el contrario, que tengan las manos

» vacias, serán separados y precipitados en el fuego y  
 » en las tinieblas eternas, en que no se oirá otra cosa  
 » que llanto y rechinamiento de dientes ? ¿ Será tan  
 » necia y tan deplorable nuestra ceguedad ? Todos decimos  
 » que aspiramos al reino celestial, y sin embargo, nada  
 » hacemos para merecerlo. ¿ Pretenderemos participar de  
 » este reino, trabajando sólomente por evitar el pecado,  
 » pero sin hacernos violencia para ejecutar las órdenes del  
 » Señor ? »

Tales eran las saludables verdades que este excelente superior trataba de inculcar en el espíritu de sus religiosos, para animarles á la compuncion, á combatir consigo mismos y á adelantar en la virtud. Unia á su celo una discrecion y una caridad tan tierna como compasiva, que le hacía sentir todos los males espirituales y temporales de sus hermanos, y de su prójimo en general, como pronto veremos. Pero lo que no podremos admirar suficientemente es que en tan grande número de religiosos de tantas condiciones, de países y caracteres tan diferentes, se portase con tanta discreción y prudencia, que, acomodándose á la capacidad de cada uno, se hacia amar y temer al mismo tiempo : pues obraba de tal manera, cuando á ello le obligaba la salvación de las almas, que no podia ménos de reconocerse la pureza de sus intenciones y de su celo, y que no corregia por humor ni por autoridad, sino por la gloria de Dios y por el bién de las almas. Nada tan admirable como ver algunas veces á este gran hombre postrado á los pies de aquellos á quienes no bastaban las amonestaciones ordinarias, vencer su resistencia con su humildad, y obligarlos, por decirlo así, á doblegarse al yugo de la obediencia, pidiéndoles en esta actitud suplicante que le concediesen como una gracia, lo que era un deber, que estaban obligados á practicar para gloria de Dios y salvación de sus almas.

Diríase que en estas ocasiones llevaba su caridad, siempre dulce y compasiva, hasta el exceso, si sólomente se consultase la prudencia humana. Pero fácil era reconocer en ella la del mismo Jesucristo, por las bendiciones con que Dios la acompañaba y los efectos maravillosos que producía aún en los corazones más indóciles. Así lo demuestra la mudanza de uno de los religiosos, que, á causa de una falta grave, se habia visto obligado á separar de la comunión de los demás. Léjos de someterse á la penitencia que le impuso el Santo con justa severidad, se rebeló este religioso indócil, más sensible á la confusión que á su falta, y tuvo la insolencia de excomulgarle á su vez. Viéndole el Santo, con profundo sentimiento de su corazón, rechazar, como un frenético, el remedio que le proporcionaba un médico tan caritativo de su alma, no apeló á la autoridad que sobre él tenía, ni á la indignación que naturalmente debia producir su desvergonzada conducta, sino que dirigiendo sus ojos á Jesucristo que, por amor de los pecadores, se habia anodadado hasta aparecer como pecador el que era la santidad por esencia, quiso sufrir él mismo exteriormente esta falsa é injusta excomunió, lo que cubrió á este discípulo rebelde de tanta confusión, que, entrando en sí mismo, se humilló á semejanza de su maestro, y se sometió á todo lo que exigió de él. De este modo, la condescendencia del Santo tuvo más eficacia para vencerle, que toda la autoridad que hubiese podido emplear, é inclinándose humildemente hacia el que habia caído, lo levantó con más facilidad.

Acabamos de decir que su caridad se extendia á todos sus prójimos en general, y este sentimiento no lo expresaba sólomente con sus palabras, sino que lo realizaba con la mayor perfección en sus obras. Su historiador nos representa su monasterio como un asilo en que encontraban consuelo todas las desgracias, y su corazón, como un

puerto en que se refugiaban todos los que se hallaban agitados por las aguas de la tribulación. No habia quien no recibiese todas las pruebas y todos los auxilios de la caridad más compasiva. Edificó cuatro enfermerías; una para sus religiosos: otra para los demás religiosos, ya fuesen ancianos, ya estenuados por los trabajos de la penitencia: otra para personas seculares de distinción, y otra para gentes de más baja condición. Admirando una señora muy piadosa su grande caridad, quiso secundarla, facilitándole medios para construir una quinta enfermería. Aún hizo más; no sólo le dió al convento sus bienes y sus propios hijos, sino hasta á sí misma. Lo cual hace suponer que se construyó otro monasterio para mujeres, en que la madre de nuestro Santo hizo vida religiosa, constituyéndose en hija espiritual suya, y viviendo bajo su dirección.

En estas enfermerías es en donde la caridad de san Teodosio se entregaba á los cuidados más prodigiosos y á actos verdaderamente heróicos. Allí es en donde triunfó de las más grandes repugnancias, y en donde las enfermedades más difíciles y repugnantes eran objeto de su más tierna compasión. Allí es en donde servia á Jesucristo en sus miembros con un afecto inconcebible. Sus religiosos demostraron en un principio alguna repugnancia á asistir á estos enfermos, algunos de los cuales estaban cubiertos de úlceras y llagas en extremo repugnantes; pero su ejemplo los animó, y en adelante se portaron con la misma caridad que su maestro.

Por último, dice su historiador, no sólo era su monasterio un puerto de refugio para todos los afligidos, sino que era como una botica de remedios saludables para todos los males, y como una casa á la que tenían los enfermos los mismos derechos que los religiosos, puesto que sus bienes lo mismo se aplicaban á unos que á otros. ¿Qué

más? Los enfermos, los menesterosos, los peregrinos, los pobres transeuntos, los que carecian de vestidos con que cubrir su desnudez, todos, sin excepcion alguna, eran socorridos con arreglo á sus necesidades. A unos daba medicinas, á otros vestidos, á otros alimentos, y era tan grande el número de personas que acudian, que los que, bajo sus órdenes, las atendian, confiesan que algunos dias se necesitaron cien mesas.

Pero ¿en donde podia encontrar este hombre de una caridad tan extraordinaria recursos para dar con tanta profusión. Aquí es precisamente en donde puede conocerse la grandeza de su fé, y de su confianza en Dios, á quien tan agradables eran estas liberalidades. Su tesoro era el de la divina Providencia; de él sacaba mucho más de lo que pudieran darle las criaturas. Siempre tenía abierto este tesoro, y con mucha frecuencia de una manera prodigiosa; pues en ninguna de las necesidades le faltó la Providencia paternal de Dios.

En un tiempo en que toda la provincia se hallaba afligida por el hambre, se reunió, en vísperas de la Pascua, un número tan prodigioso en su monasterio, que, viéndole los que estaban encargados de repartir las limosnas, consideraron que no era suficiente lo que se hallaba preparado para atender á tan grande multitud. Dispusieron, pues, las cosas de modo que, si no hubiese para saciarlos á todos, se distribuyese proporcionalmente entre todos. Pesaron pues el pan, no con arreglo á la necesidad de cada cual, sino teniendo en cuenta el número de los que lo pedian, y cerraron las puertas del monasterio para evitar confusión. Pero llega oportunamente san Teodosio, y ordenó que se abriesen las puertas, que se dejase entrar á todo el mundo, que se pusiesen las mesas, y que cada cual tomase lo necesario para quedar satisfecho. Sus discípulos, llenos de confianza en la santidad de su maestro, no du-

daron que Dios secundaria su caridad por medio de algún prodigio. Obedecieron ciegamente sus órdenes, y tuvieron el consuelo de ver multiplicarse entre sus manos el pan que distribuían; llenarse los canastos á medida que sacaban de ellos, y por último, quedar, más pan del que habían distribuido.

El mismo milagro se renovó de una manera igualmente visible y admirable en una fiesta de la santísima Virgen, que habia atraído un concurso muy numeroso al monasterio. Las provisiones que en él había entonces eran tan cortas y poco proporcionadas á tan grande muchedumbre, que apenas podia ponerse un pan sobre cada mesa. Sin embargo, se multiplicó éste á medida que lo distribuían los ecónomos, de modo, que no sólo quedaron todos satisfechos, sino que todos llevaron consigo alguna porción, y quedó en el convento lo necesario para los religiosos.

¿Y no podríamos colocar en el número de los prodigios por él realizados la inalterable tranquilidad y recogimiento de espíritu que conservaba en medio de tan diversas ocupaciones, sin que bastasen éstas á disiparlo? De ninguna manera, dice su historiador: se le veía siempre entregado á todos sin salir nunca de sí mismo: tan tranquilo se hallaba en medio de tantos negocios como le agoviaban, cual si estuviese en el más apartado desierto; siempre estaba en la misma disposición de ánimo, ya tuviese que conversar con el mundo, ya se hallase solo. Atento á los demás por caridad, lo estaba á sí mismo por la vigilancia religiosa: trabajando con un celo infatigable por asistir espiritual y corporalmente al prójimo, no perdía de vista lo que debía á su alma, y sabía tan bien aliar ambas cosas, que era para él lo mismo atender á la santificación de los demás que á la suya propia.

Uno de los principales medios que empleaba para sos-

tenerse en este recogimiento espiritual era la asidua lectura de los Libros santos. Este fué el estudio de toda su vida: á él se aplicó con el mismo ardor, con el mismo gusto y la misma afición al fin de sus días que al principio de su vida, y de él sacaba ese fondo inagotable de instrucciones que con tanto provecho comunicaba á los demás, y de que él mismo se llenaba. De esta manera la palabra de Dios alimentaba su alma, y este alma, saciada, por decirlo así, con este maná divino, lo hacía caer, como otro Moisés, sobre sus religiosos, para que á su vez quedasen también satisfechos.

Su celo por el servicio divino, y sobre todo por la salmodia, nunca se entibió ni aún en los días de la vejez. Cuando ya en esta edad no le permitían sus enfermedades asistir con los demás á maitines, no por eso dejaba de vigilar para que se rezasen con todo el respeto y decencia convenientes. El nombraba al que debía entonar y dirigir el canto, así como al que debía leer mientras que los demás estaban sentados, pues queria que todo se hiciese con la mayor perfección. Hábiase reservado este cuidado, para que ya que no tuviese el consuelo de orar con los demás, pudiese vigilar desde su celda, y no se hallase privado de este ejercicio de penitencia, tan ordinario en los monjes de aquel tiempo. Así lo hace notar expresamente el historiador de su vida.

Después de exponer este escritor las exhortaciones que hacía el Santo á sus religiosos para animarlos á la práctica de la virtud, habla de su vigilancia para conservarlos en la pureza de la fé, ya impidiendo que se contagiase con los religiosos acéfalos, ya enseñándoles con firmeza lo que debían hacer en aquellos tiempos calamitosos, en que el emperador Anastasio perseguía á los católicos, y protegía á los herejes.

Ya hemos hablado de este particular en la vida de san

Sábas, y nuestro Santo que estaba unido á él con la más estrecha amistad, combatió con la misma firmeza por la fé de la Iglesia, y ambos fueron como un escudo que sirvió de defensa no sólo á los solitarios, sino á todos los fieles de Palestina.

El emperador Anastasio, muy adicto á los enemigos del concilio de Calcedonia, empleó todos los medios imaginables para corromper á los ortodoxos. A unos halagaba, á otros amenazaba, y á otros procuraba seducir por medio de laguezas. Éste fué el artificio que empleó en un principio para atraer á este gran Santo: pues como sabía que no tenía límites su caridad para con los pobres y áfligidos, se valió de este pretexto para enviarle una considerable suma. El Santo no quiso rehusarla, para que no se considerase como un desprecio hecho á la majestad imperial; sino que la aceptó, entre otros motivos, para castigar la avaricia que era uno de los vicios más salientes de este príncipe. Penetrando las intenciones que se ocultaban bajo esta especiosa caridad, congregó á los religiosos de diferentes monasterios, y les exhortó á que combatesen por la fé, y á que imitasen la constancia de que él mismo les daba ejemplo.

Algún tiempo despues se le presentaron unos oficiales de Anastasio, persuadiéndole que se declarase en favor de las materias de controversia á que se mostraba adicto este emperador, y halagándole con los beneficios que de él podría reportar. Pero no pudieron quebrantar su constancia en la fé; ántes por el contrario, escribió una carta al mismo emperador, en la que impugnaba con poderosas razones los argumentos de los acéfalos, y de la cual sólo nos ha trasmitido su historiador estas palabras: « Puesto que se  
« nos propone, ó emperador, que deshonremos nuestra fé  
« y nuestra vida, siguiendo los errores de los acéfalos, ó  
« que suframos gloriosa muerte sosteniendo los dogmas de

« los santos Padres, sabed que preferimos morir. Estamos  
« tan léjos de profesar las novedades de estos herejes, que  
« no sólo nos mantendremos firmes en la fé de los  
« Padres que nos han precedido, sino que rechazaremos  
« con horror, y condenaremos á todo aquel que sostenga  
« sentimientos contrarios, y por grandes que sean las vio-  
« lencias que se empleen, jamás comunicaremos con los  
« acéfalos. Díos nos preserve. ¡ O Jesús, rey de la gloria!  
« haced que no caigamos en semejante desgracia. Si, ó  
« emperador, tomamos por testigo á Dios que preside to-  
« da verdad, ó mejor dicho, que es la verdad suprema, y  
« á quién los herejes atacan hoy con sus blasfemias, de que  
« resistiremos hasta derramar nuestra sangre: pues si  
« todo ciudadano está obligado á dar su vida por la patria,  
« lo que todos haríamos en caso necesario, ¿ como no la  
« hemos de dar con mucha más razón en defensa de la fé,  
« que es la salud de nuestra alma? Preferiremos que los  
« santos Lugares sean consumidos por el fuego, ántes que  
« abrigar sentimientos que les sean contrarios: pues ¿ á  
« qué llamarlos santos, si al propio tiempo se les deshonra  
« con las impiedades de la herejía?

« Jamás permitiremos que la fé sea atacada, y mucho  
« ménos abrazaremos un lenguaje que le sea contrario.  
« Ésta fé es la que nos han enseñado los concilios ecumé-  
« nicos: el de Nicea contra Ario, el de Constantinopla  
« contra Macedonio, el de Éfeso contra Nestorio, y el de  
« Calcedonia que, siguiendo fielmente la doctrina de los  
« anteriores, ha puesto fuera de la Iglesia al desgraciado y  
« execrable Eutiques con todas aquellos que no sigan la  
« doctrina de la Iglesia. Que se encienda el fuego, que se  
« prepare la espada, que se nos amenace con los más crueles  
« suplicios y hasta con la muerte, no una sola vez, sino  
« innumerables veces, jamás haremos traición á nuestra  
« religión, ni permitiremos que se desprecie la doctrina

« de los santos Padres, que tantos trabajos han sufrido  
 « para establecerla. Esta fé permanecerá firme é inmuta-  
 « ble en nuestros corazones, y en los de todos aquellos que  
 « quieran permanecer fieles á Dios. Pidamos á este Dios  
 « soberano que os dé su paz ; que á nosotros nos confirme  
 « en nuestros pensamientos, y que proteja y dirija vuestro  
 « imperio. »

El historiador de nuestro Santo no podia aducir una prueba más brillante de su celo por la pureza de la fé, que este fragmento de su carta. Debió indudablemente san Teodosio haberla consultado con san Sábás, pues que, como hemos visto en la vida de éste, escribia á Anastasio con la misma energía y hasta con las mismas expresiones.

El emperador, ya fuese por disimulo, ya por otro cualquier motivo, no se mostró ofendido ; ántes por el contrario, le hizo el honor de contestarle, llamándole hombre de Dios, y haciéndole notar que él no era el autor de estas innovaciones : que se hallaba apenado con las controversias que turbaban á la Iglesia : que ambos partidos se esforzaban por tenerle de su parte : que le era conveniente no inclinarse á uno ni otro lado : que todo el mal procedia de los eclesiásticos y monjes que se empeñaban en penetrar verdades incomprensibles, y en tratar los misterios de la religión, cual sí no fuesen misterios, siendo así que es más conveniente adorarlos con el silencio, que profundizarlos con el estudio. Concluye recomendándole que pida al Señor que haga cesar estas divisiones, y que dé su paz á la Iglesia.

Juntamente con su carta le había remitido el Santo algunos eulogios, y el emperador hace notar en su contestación que le habían sido muy agradables. Se mostró algo más afable con los católicos ; pero no permaneció mucho tiempo en esta disposición de ánimo, y cual si se arrepin-

tiese de haber tenido algunos sentimientos de equidad, no tardó en renovar la persecución, é hizo publicar nuevas ordenanzas contra los defensores del concilio de Calcedonia. El escándalo subió entónces de punto : muchos católicos, por debilidad, cedieron á su autoridad, y se unieron á los herejes, á lo ménos exteriormente. Otros sin resolverse sobre el partido que habian de tomar, esperaron á que san Teodosio se decidiese. Pero éste no tardó en hacerlo con la mayor claridad : pues como hemos visto en la vida de san Sábás, despues de haber separado á Juán de Jerusalém del partido de los acéfalos, que le habían colocado en la silla patriarcal en lugar de Elias, y de animarle á que se declarase decididamente en favor de la fé católica, lo que hizo desde la misma cátedra sagrada el día de san Estéban en la iglesia de este santo y en presencia del gobernador, de los oficiales del emperador y de una concurrencia numerosísima, y teniendo á su lado á los santos Sábás y Teodosio, despues, repito, de todo esto, subió san Teodosio á la cátedra, y pronunció en alta voz estas palabras : « Si alguno  
 « no admite los cuatro concilios, como se admiten los cuatro Evangelios, sea anatematizado ». Todo el mundo quedó maravillado, cual si hubiese hablado un ángel. El santo descendió en seguida de la cátedra, atravesó la multitud que lo contemplaba con muda estupefacción, cual si fuese más sueño que realidad lo que contemplaba, y el fruto de esta santa y generosa libertad fué que los decretos, ó á lo ménos los nombres de los cuatro concilios fuesen escritos en los sagrados dípticos.

No se contentó con esta declaracion, sino que recorrió las ciudades y aldeas afirmando á los que vacilaban, atrayendo á los que se habían extraviado, confirmando á los que habian permanecido fieles, secundando el celo de los que defendian la religión, combatiendo vigorosamente á los herejes y explicando la doctriua cristiana.